

se les deje cumplir con sus deberes religiosos, santificar el domingo y que dispongan de tiempo para asistir á misa... ¿ Es esto sólo?... No ; porque, como dice S. Agustin <sup>1</sup>, si es permitido á los dueños reconocer diferencias entre sus criados é hijos, cuando se trata de la partición de bienes ; esta diferencia, repito, debe desaparecer desde el momento que se trata de la salvación del alma de sus criados. Deben instruirlos, reprenderles y exhortarles á que sigan el camino de la virtud, como si fuerán hijos suyos. Tales son en resúmen, hermanos míos, los deberes que tenemos para con nuestros inferiores. Seamos buenos, amables y caritativos con ellos, acordándonos que son nuestros hermanos en Jesucristo y con derecho á compartir con nosotros las dulzuras de la vida eterna. Acordémonos que tienen, como nosotros, un alma rescatada con la sangre de nuestro dulce Jesús ; y que el mismo ha venido á la tierra para servir y no para ser servido : « *Non venit ministrari, sed ministrare* <sup>2</sup>. En efecto, se ha hecho esclavo por nosotros el bendito Salvador, á quien sea toda gloria, amor y acciones de gracias en los siglos de los siglos... Amen.

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL CUARTO DOMINGO DESPUES DE LA EPIFANIA.

(MAT., VIII, 13-27.)

### La Iglesia siempre perseguida y siempre victoriosa

TEXTO. *Quid timidi estis, modicæ fidei?* ¿ Porque teméis así, hombres de poca fé ?

EXORDIO. Hermanos míos, hé aquí lo que leemos en el Evangelio del día de hoy : « En aquel tiempo habiendo subido Jesús á una barca, siguiéronle sus discípulos. Y hé aquí que se levantó en el

1. *Ciudad de Dios*, lib. XIX, cap. XVI. — 2. Mat., XX, 28.

mar una gran tempestad, de tal manera que la barca era cubierta por las olas. Y, sin embargo, Jesús dormía. Entónces acercándosele sus discípulos espantados, le despertaron, diciendo : « Señor, sálvanos, que perecemos. » Jesús les dijo : ¿ Por qué teméis hombres de poca fé ? Y levantándose entónces, mandó á los vientos y á la mar, y se hizo gran bonanza. Entónces todos los que presentes se hallaban, maravillados, decían entre sí : ¿ Quién es este, á quien el mar y los vientos obedecen ? » Admirable prodigio, señal manifiesta de la omnipotencia de nuestro divino Salvador ! Después que, sanando á los enfermos, había mostrado que era él dueño de la salud y de la vida, quiso, para confirmar la fé de sus apóstoles, manifestar este poder, que como Dios posee sobre la naturaleza y los elementos. Sí, ciertamente se podía considerar con admiración á Aquel, que con un gesto, una palabra, calmaba los vientos y apaciguaba las olas irratadas. Había motivo para exclamar : « ¿ Quién es éste, á quien el mar y los vientos obedecen ? »

PROPOSICIÓN. Pero este relato de nuestro Evangelio contiene todavía otra enseñanza. « La barca, dice S. Agustin, es la Iglesia ; y el mar agitado el siglo. » — « Esta navicilla, dice otro Doctor, (Tertuliano) era la figura de la Iglesia, que en este mundo, como en mar borrascosa está continuamente combatida por las persecuciones y ataques, como por enfurecidas olas. »

El Señor, siempre paciente, parece que duerme, hasta que despertado por las santas oraciones, calma la tempestad y devuelve la tranquilidad á su Iglesia... En esta época, en que la divina Iglesia está tan cruelmente atacada ; en estos días, en que el soberano Pontífice, prisionero en su propio palacio, vé invadidos sus Estados y ocupada su capital por impíos codiciosos ; en estos días, en que el libertinaje y la impiedad hacen una asquerosa ostentación de sus triunfos, séame permitido, aprovechando la ocasión de este relato del Evangelio, ya para confirmar, ó para afianzar vuestra fé, quizás vacilante ante tales contradicciones ; séame permitido, repito, hablaros de la Iglesia...

DIVISION. Me propongo, pues, demostraros *primeramente*: que la

Iglesia de Jesucristo ha sido siempre perseguida, y *en segundo lugar*: que siempre tambien salió triunfante de esas persecuciones.

*Primera parte.* La Iglesia de Jesucristo ha sido siempre perseguida. Estas persecuciones las había ya anunciado Jesucristo diferentes veces. « No penséis que haya venido, decía, á establecer en la tierra la indiferencia entre el bien y el mal, esta paz como el mundo la comprende, sino la guerra, esta guerra que existirá siempre entre el mal y el bien, entre el error y la verdad <sup>1</sup>. »— El discípulo, añadía, no es más que su Maestro; si á mí me han perseguido, tambien á vosotros perseguirán, estad seguros de ello <sup>2</sup>. « Y en otra parte, les dice que serán echados de las ciudades, y obligados á sacudir el polvo de sus piés <sup>3</sup>. » Pero, añade él, confiad, yo he vencido al mundo <sup>4</sup>. »

Después de todo, hermanos míos, esto debía suceder, y él que quiera reflexionar un poco, se convencerá de que no podía ser de otro modo.. ¿ Qué es la Iglesia? Es, en cierto modo, una continuación de la Encarnación; es la verdad absoluta, completa é inexorable, que no cede ni transige jamás con ningún error... Poco tiempo después de la Ascensión del Salvador, es decir, algunos días después de Pentecostes, san Pedro, el primer Papa, sucesor de Jesucristo, fué preso con otros apóstoles, por haber anunciado la religión cristiana. Se les maltrató, se les azotó, y ántes de ponerles en libertad, quiso obligárseles á que no predicasen más las verdades, que habían enseñado; pero estos valerosos predicadores se mostraron inquebrantables en sus santos propósitos: *Non possumus*, respondieron ellos, no podemos <sup>5</sup>. Imposible nos es el callar, no menos que el disimular la verdad. Impudicos, aunque estuvieséis sentados en tronos como Herodes, y se nos cortara la cabeza como á san Juan Bautista, os dirémos que obráis mal y que Dios os castigará. Orgullosos, os dirémos que

1. Mat., x, 34. — 2. Juan, xv, 20.

3. Mat.; x, 14; Marc, vi, 11; Luc xv, 3.

4. Juan xvi, 33. — 5. Act., iv, 20.

debéis ser humildes; avaros, os recomendaremos la caridad con respecto al prójimo; impíos é incrédulos de todas clases, que apagáis en vuestras almas la luz de la fé, para entregaros con mémos remordimientos á las pasiones que os dominan, estaremos á vuestro lado más implacables aun, que los mismos remordimientos... Os dirémos, pues, que Jesucristo es Dios, que debéis observar su ley, y que al que la infringe le está reservada una eternidad de tormentos! Por lo demás nos es imposible hablar de otro modo; podréis apagar el grito de vuestra conciencia, pero por mucho poder que tengais, no conseguiréis hacernos callar, ni nos impediréis, que seamos los predicadores de la verdad, los vindicadores de la virtud, los defensores de la moral ultrajada por vuestra conducta... *Non possumus*. Nos es imposible callar y obrar de otro modo!...

Comprenderéis, hermanos míos, que con esta pureza de principios y firmeza de afirmación la Iglesia ha debido siempre tener contra sí á todos estos vicios y defectos tan profundamente arraigados en el corazón humano. Asi es que la historia entera de esta santa Iglesia nos muestra los instintos perversos de nuestra corrompida naturaleza siempre en continua guerra contra sus enseñanzas y su autoridad, y más aun contra el Papa, vicario de Jesucristo y gefe visible de esta augusta sociedad, llamada Iglesia. San Pedro llega á Roma, ciudad en aquel entonces más populosa, que ninguna de las que existen en nuestros días. En aquella ciudad, corrompida y manchada de todo género de vicios, habla de castidad, de mortificación y privaciones, recordando el destino inmortal del alma á aquellos hombres, que no pensaban más que en los goces de la tierra y cifraban su único ideal en conseguirlos... Al eco de esta voz muchas almas se conmueven, los ídolos caen en el desprecio, Jesucristo es adorado y la caridad y castidad florecen hasta en la corte del monstruoso y sanguinario emperador, que se llamaba Nerón... Desde aquí empieza la era de las persecuciones, inauguradas ya en Jerusalem con el martirio de san Estéban. San Pedro es clavado en cruz; y mas de treinta sucesores suyos en la silla apostólica ceñirán, como él, la corona del mar-

tirio. Durante tres siglos la sangre de los cristianos corre á torrentes en todo el imperio romano. ¿ Qué hubiésemos dicho nosotros, hermanos míos, cuya fé vacila ante las persecuciones de nuestros días, si hubiésemos visto á los cristianos hostigados como bestias fieras, obligados á huir al desierto y ocultarse en oscuros subterráneos para celebrar los santos misterios, si hubiésemos visto todos los días millares de fieles arrojados como presa á los leones y tigres para ser devorados en el anfiteatro?... ¿ No hubiésemos desesperado de la Iglesia?... Y, sin embargo, aquellos mártires, que morían por élla, no desesperaban... Y el sabio obispo san Cipriano, y la bondadosa vírgen santa Inés, y el valeroso soldado san Sebastian, en fin, todos los santos mártires no hubieran tenido para nosotros más que las siguientes palabras: *Quid timidi estis, modicæ fidei? Por qué teméis, hombres de poca fé?* En cuanto á ellos, permanecía inquebrantable su fé y esperanza. Sabían, que Jesús puede dormir en la barca algunos momentos, y que puede, ya sea por nuestros pecados, ya por probarnos, permitir que el mal triunfe algunos días, y aun algunos años, pero ¿ qué son estos días más ó ménos largos ante Dios, que tiene en su mano todos los siglos, y cuyo reinado ha de durar por toda una eternidad?... En efecto, pocos años despues, la Iglesia triunfante coronaba á Constantino y se sentaba con él en el trono de los Césares!... Poco despues sobrevienen otras persecuciones, las herejías, los cismas y mas tarde la inmoralidad y la ambición de los príncipes de este mundo; es decir, persecuciones, que no pueden contarse en pocas palabras. Os bastará, que os refiera una de las más recientes.

Un día Napoleon primero, cuando se hallaba en el apogeo de su gloria, tuvo la loca ambicion de apoderarse de Roma y de los Estados del soberano Pontífice. Pio VII respondió entónces al usurpador lo que nuestro amadísimo Pio IX responde hoy á los imitadores sacrílegos de aquel: « *Non possumus*. Imposible. » A pesar de esta contestación, á pesar de la excomunió, el poderoso emperador pasó adelante. El venerable anciano, por haber sostenido los derechos de la Iglesia, fué desterrado y encerrado

en el castillo de Fontainebleau, que fué su cárcel. Ya su antecesor Pio VI había muerto en Valencia, desterrado tambien y prisionero de nuestra primera República... ¡ Oh, y qué atribuladas se sentirían entónces las almas cristianas, y como temblaría el corazón de aquellos, que estaban flacos en la fé! Pero escuchadme: ese Dios que, segun el profeta, exalta y humilla, no ha abandonado jamás su Iglesia; siempre esta barca, que á cada momento parece ha de naufragar, flota triunfante por encima de las olas, como vamos á verlo en la segunda parte.

*Segunda parte.* La Iglesia siempre ha salido victoriosa de las persecuciones, que ha experimentado. Así lo hemos visto en nuestras días, y estad seguros, seguiremos viéndolo en adelante! Sí, lo veremos, no dudéis de éllo!... El brazo de Dios no se ha acortado, á la tempestad actual sucederá la calma.. Sabedlo, potentes, cuales quiera que seais, aunque os sentéis en tronos dorados y terciopelados de suntuosos palacios, aunque desde tribunas callejeras arangueis y atraigais á vuestro partido las masas turbulentas y haraposas, las promesas, que Dios nos ha hecho, no serán frustradas y veremos su cumplimiento... Y despues, cristianos, ¿ por qué temer? ¿ Acaso no tenemos en lo pasado la firme garantía del porvenir?... Cuentan los Libros santos, que en otro tiempo un temerario osó tocar el arca santa, y al momento le sorprendió la muerte<sup>1</sup>. Hasta hora tampoco ha habido ninguno, que se haya atrevido á tocar con mano sacrílega el Arca santa de la Iglesia, sin recibir ya acá en la tierra un castigo ejemplar!...

Os decía ántes, que Napoleon primero había reducido á prisión á Pio VII en Fontaineblau, lo cual ocurría en 1812. Pues bien, tres años más tarde Pio VII, el venerable Pontífice, regresaba triunfante á Roma, y el poderoso emperador vencido, perdida la corona y despojado de su gloria, cual el roble herido por el rayo, triste y cautivo, á bordo de un buque inglés se dirigía háci Santa Helena, isla desconocida, que la desgracia de este genio

1. II Reyes, vi, 6.

caído debía hacer célebre para siempre. Pero, ¿porqué encarnizarse con la Iglesia? ¿porqué perseguir al soberano Pontífice? ¿No le enseñaba la historia, que la barca de Pedro sale siempre á flote en medio de las tempestades; que, si Jesucristo parece algunas veces, que duerme, la oración de los fieles le despierta y que la maldición es siempre el patrimonio de los perseguidores de la Iglesia? Éste al ménos murió por fin cristiano y arrepentido...

Hácia fines del siglo XI<sup>o</sup> habíase visto á otro príncipe, Enrique IV, emperador de Alemania, apoderarse de Roma, despojar al soberano Pontífice Gregorio VII de sus dominios y obligarle á huir. Este santo defensor de los derechos de la Iglesia había muerto en paz y gracia de Dios, acogido como un padre entre una familia amiga; y al morir pudo pronunciar las siguientes frases: «He aborrecido siempre la iniquidad, por esto muero en el destierro.» Así fué, pero ¿qué iba á sucederle á su perseguidor? Arrojado éste de su reinado por sus propios hijos, vióse obligado á mendigar un asilo, que siempre le fué rehusado, expirando poco despues en la mas triste miseria, sin que su cadáver consiguiese en muchos años sepultura cristiana!...

En fin, hermanos míos, sería cosa de nunca acabar, si me propusiese contaros la suerte funesta de todos los perseguidores de la Iglesia, y como ha salido siempre triunfante y gloriosa de sus furores esta divina Esposa del Salvador. En el siglo IV un miserable, educado en el seno de la Iglesia, renegó de su fé, para abrazar los errores de la idolatría. Llegó á ser emperador y es conocido en la historia por Juliano el Apóstata. Promesas falsas, burlas, vejaciones de todas clases, persecuciones públicas y cuanto de bajo y ruin puede pensarse, todo lo empleó para atacar á la Iglesia y destruir la religion. Hubo un instante, que pareció triunfar; pero Jesucristo desde el cielo velaba por su navicilla, agitada por tan temible tempestad, y llególe, como á todos los demás, su castigo á este perseguidor. Léjos, muy léjos de su palacio, en los desiertos de la Arabia, cayó en medio de su ejército herido por una mano misteriosa. Pálido de dolor y furioso toda-

vía contra la Iglesia, que había perseguido, y contra Cristo, de quien había blasfemado, vióse recoger con mano convulsa un puñado de sangre, que manaba de su herida, y lanzándola con furor hácia el cielo, exclamó: «Has vencido, Galileo.» Sí, el Galileo, (este es el nombre, que daba al divino Salvador en medio de su ira,) sí, Jesucristo había vencido de su perseguidor, como triunfará de todos aquellos, que actualmente persiguen su Iglesia. Permanezcamos, pués, sobre este punto sin temor ni angustia y no dejemos desfallecer nuestra fé.

PERORACIÓN. Á pesar de esto, cristianos, si hasta en medio de las circunstancias más difíciles debemos conservar una fé inquebrantable, si estamos seguros por las promesas del Salvador, que la barca, aun cuando tocase el fondo del abismo, no naufragará, reapareciendo un día triunfante sobre las olas; debemos emperosaber lo mucho que influye la oración en el corazón de Dios, y el deber sagrado que tenemos de ejercitarla en medio de las persecuciones y tormentas de la vida. Élla puede conseguir, que los días malos sean abreviados. Roguemos, pués, hermanos míos, roguemos mucho por la Iglesia; y sobre todo roguemos por su venerable cabeza. Hé aquí el propósito ó fruto que debéis sacar de esta instrucción.

Jesús aparenta dormir durante la tempestad. Es preciso, pués, que, como otras veces, le despierte la oración.

«*Domine, salva nos, perimus.* Señor, le dicen los apóstoles, *sálvanos, que perecemos.*» Él se despierta, manda á los vientos y á la tormenta, y sucede una gran calma. Nosotros os dirigimos la misma súplica: ¡Oh divino Pastor de la Iglesia, ved los estragos que la indiferencia, la impiedad y perversas pasiones están haciendo en todos los lados de vuestro rebaño; mirad como la usurpación triunfante pasea su insolencia en los propios muros de la ciudad, que habeis elegido para centro de vuestra Iglesia; mirad á vuestro Vicario, al venerable sucesor de san Pedro, á ese bondadoso pastor de nuestras almas, preso en su mismo palacio... Señor, salvadnos y abreviad los días de prueba. A cualquier lado que volvamos los ojos desde Oriente á Occidente; desde

medio día al norte, de todas partes soplan furiosos huracanes y se levantan horribles tormentas, para hundir la nave de san Pedro. Pronunciad, Señor, una de vuestras poderosas palabras, para que cesen los vientos y recobre la calma la mar agitada; que todos comprendan, que ese frágil esquiife, contra el cual su impío furor se desencadena con tanta insolencia, contiene los destinos espirituales del mundo; que se sometan á vuestra santa ley, para que de este modo entren todos con nosotros en esta bendita nave, que debe conducirnos al puerto de la bienaventuranza eterna... Así sea.

### PLAN DETALLADO DE UNA SEGUNDA HOMILIA

PARA EL CUARTO DOMINGO DESPUES DE LA EPIFANIA.

TEXTO. *Domine, salva nos, perimus* (San Mat., VII, 25.)

EXORDIO. Nuestro Señor Jesucristo venia de curar no solamente al siervo del centurión y á la suegra de san Pedro, sino á todos los enfermos, que se le habían presentado, (*San Mat.*, v. 16) cuando, segun dice el Evangelio de este dia, entró á bordo de una barca, etc. (relato del Evangelio). Sin duda, al permitir esta tormenta, quería Jesucristo, no solamente mostrar su poder sobre los elementos, si que tambien dar á sus apóstoles una idea de los sufrimientos, que les esperaban, etc.

PROPOSICIÓN. Considerarémos esta enseñanza como dada á nosotros mismos, haciendo sobre este particular tres reflexiones: 1º Esta tormenta es la imágen de los peligros, á los cuales está expuesta nuestra alma durante el curso de su vida; 2º la presencia de Jesucristo no impide siempre estas tentaciones; 3º tengamos mucho valor, porque si le rogamos, Jesús puede restablecer la calma.

*Primera parte.* Esta tormenta es la imágen, etc... No en vano los Padres y la Santa Escritura comparan la vida del hombre en

medio del mundo á una barca, navegando sobre un mar agitado. *Tanquam navis, quæ pertransit fluctuantem aquam.* (*Sap.* v, 10). Comparación detallada de los peligros, que corre el marino en alta mar, con aquellos, á que está expuesta nuestra alma en el mundo... Escollos, piratas, carencia de víveres, vientos contrarios, y sobre todo tormentas... Cuadro... *Qui navigant mare, enarrent pericula ejus.* (*Eccli.*, XLIII, 26). En parecida situación se encuentra nuestra alma en medio del mundo: ocasiones peligrosas, malas compañías, tedios, preocupaciones, y sobre todo temibles tormentas, suscitadas por las pasiones, etc.

*Segunda parte.* La presencia de Jesús, etc. En medio de esta tormenta, que amenazaba sumergir la nave, en que iban los apóstoles, Jesús dormía. Sueño misterioso... Pero, ¡cómo, o dulce Jesús! ¡aquellos que tanto amáis están en peligro, van á ser envueltos por las olas, y vos dormís! etc. De esta manera, hermanos míos, en medio de los sufrimientos y adversidades de la vida, cuando os visita la enfermedad, cuando la calumnia os persigue y os atormentan las tentaciones, sentís tal vez enfriarse vuestro corazón y apoderarse de vosotros, cual ola creciente, el desaliento, etc. ¡Oh Dios mío, qué he hecho yo, para verme tan atribulado? Sin embargo me parece, que... ¡Dios mío, ¿me habríais abandonado? « ¿Dónde estabais, Señor? diríamos de buena gana, como San Antonio. Estaba, podría contestarnos, estoy á tu lado, etc. La tentación purifica á los justos y acrecienta sus méritos.

*Tercera parte.* Tengamos buen ánimo, etc. Jesús duerme, pero no desea sino que se le despierte. Mirad á una madre, que se aleja un poco de su hijo, para enseñarle á andar; élla le aguarda sonriente, tendiéndole la mano; desde luego está triste el niño, pero hace un esfuerzo y vuelve á hallarse otra vez en los brazos de su madre. De esta manera hemos aprendido todos á andar... En medio pues de nuestras penas y tentaciones hagamos un esfuerzo, para acercarnos á Jesucristo, que, aunque parece alejarse, nos espera con los brazos abiertos: *Domine, salva nos, perimus*, y entónces Él, compadeciéndose de nuestra debilidad, nos infundirá

fuerza y valor, para soportar, etc. Entónces tal vez diga por su gracia una de esas palabras poderosas, que hacen parar el viento de las pasiones y calman, etc. *Et facta est tranquillitas magna.*

PERORACION. Quizás muchas veces, sin haberlo observado bastante, hayáis experimentado la verdad de estas palabras y la eficacia de esta poderosa protección. Si no habéis naufragado, si semejantes ocasiones peligrosas han cesado, y si la tentación no ha podido venceros, etc. no cabe duda que ha sido porque Jesús, etc. ¿Habéis reconocido en esto su poder? ¿os habéis atribuido el mérito? ¡Ah, reconoced al que os ha salvado de la tempestad y decid con admiración y gratitud amorosa: *Qualis est hic, quia,* etc. Es Jesús, el Dios bendito de nuestros corazones, á quien debemos amar y alabar por todos los siglos...

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL QUINTO DOMINGO DESPUES DE LA EPIFANIA.

(MAT. XIII, 24-31.)

### Utilidad de la mezcla de los buenos con los malos.

TEXTO. *Sinite ea crescere usque ad messem.* Dejadlos crecer juntamente una y otro hasta la siega.

EXORDIO. Hermanos míos, ¿quién no admirará la bondad incomparable de nuestro divino Salvador?

Queriendo que sus enseñanzas sean bien comprendidas, se acomodaba, se abajaba, en cierto modo, al nivel de las inteligencias más simples y más incultas. ¿Sabéis lo que hace la paloma? Élla tritura con su pico el pasto, que ha de dar á sus polluelos, á fin de que el estómago delicado de los mismos pueda digerirlo más

fácilmente. Lo mismo hace respecto á nosotros nuestro Señor Jesucristo, Habría podido ciertamente agotar todos los secretos del arte oratorio y los recursos de la elocuencia. Pero no; para hacerse entender, ha elegido la forma más sencilla é inteligible. Las comparaciones, y sobre todo las parábolas, es decir, comparaciones más ó ménos ampliadas, tal es el lenguaje, de que se sirve, para instruirnos. Nos refiere el Evangelio del presente día lo siguiente: « El reino de los cielos, dice al pueblo, es semejante á un hombre, que sembró buena simiente en su campo. Pero cuando los hombres estaban durmiendo, vino su enemigo, y sembró zizaña en medio del trigo y se fué. Y habiendo crecido la yerba y echado fruto, entónces apareció tambien la zizaña. Y llegando los siervos del padre de familia, le dijeron: Señor, ¿no sembraste buena simiente en tu campo? ¿De dónde, pues, le viene la zizaña? — Y él les dijo: El hombre enemigo ha hecho esto. Y los siervos le dijeron: ¿Quieres que vayamos y la cojamos? Y él dijo: No; no sea, que cogiendo la zizaña, arranquéis tambien con élla el trigo. Dejad crecer juntamente una y otro hasta la siega, y al tiempo de la siega diré á los segadores: Coged primero la zizaña y atadla en haces para quemarla, y el trigo recogedlo para mi granero. »

PROPOSICIÓN. En este Evangelio, hermanos míos, encontramos la justificación de un desórden aparente, que escandaliza con frecuencia á las almas débiles. Se extrañan algunos, de que Dios tolere á los malos. Varias veces un celo indiscreto nos obligaría, como á los apóstoles, á pedir que descienda fuego del cielo sobre ciertos pecadores escandalosos y los consuma<sup>1</sup>. Vosotros no sabéis, de que espíritu sois, dejándoos á veces llevar de estos deseos; por lo cual me propongo demostraros en esta mañana, segun la parábola que acabáis de escuchar, el fin, que quiere alcanzar la sabia Providencia con esta mezcla de buenos y malos...

DIVISIÓN. S. Augustin dice: « Dios conserva la vida á los malos, ó para que se arrepientan y se vuelvan buenos, ó para que por

1. LúC, IX, 54.